

DEVOCIONES EN LA TUMBA DE PEDRO

Prudencio, poeta cristiano

Nos acercamos a la basílica y a la tumba de San Pedro con un peregrino excepcional: el poeta latino Aurelio Prudencio Clemente.

Al final del siglo IV o tal vez al inicio del sucesivo, en el contexto de un cambio en su vida, que marca también el fervor de su producción poética como ascesis y purificación, Prudencio realiza un viaje a Roma. El poeta nos revela entre las líneas de la obra *Peristephanon*, algunos apuntes o notas del misterioso viaje que tiene como meta la Urbe y sus nuevos santuarios de la fe cristiana, consagrados por la presencia de los mártires.

VISITA A LA BASÍLICA DE SAN PEDRO EL 29 DE JUNIO

Un anónimo peregrino, nuevo en las usanzas de Roma, se dirige hacia otro transeúnte, en el cual se esconde el mismo Prudencio, en medio de una insólita presencia de gente entre los caminos de la Urbe y pregunta: “El pueblo más numeroso que de costumbre se reúne festivo. Dime, amigo, ¿que sucede?/ Toda Roma es un acudir de muchedumbre exultante”. El otro responde: “Se celebra hoy para nosotros el día del triunfo de los apóstoles,/ día glorioso por el martirio de Pedro y Pablo [...]”.

Con este diálogo inmediato y vivaz se abre uno de los himnos más bellos de Prudencio en honor de los mártires, el de la *Passio* de Pedro y Pablo, XII del *Peristephanon*, en el cual está contenido un singular recuerdo de la Basílica de San Pedro y la de San Pablo. El himno es, por lo tanto, sobretodo de carácter celebrativo, para elogiar a los dos apóstoles, pero también documental, porque fija los recuerdos de la fiesta del 29 de junio, y en particular

LA BASÍLICA DE SAN PEDRO

del edificio constantiniano vaticano, a solo algunas décadas de su construcción, abarcando también el contexto paisajístico que lo circunda.

Mientras los dos caminan entre la muchedumbre, la voz guía del amigo comienza a exaltar el martirio de Pedro y de Pablo, tejiendo un breve elogio en su honor. Los datos que Prudencio trae a colación son aquellos ofrecidos por la tradición ya afirmada en el siglo IV, sin referencias a escritos propiamente apócrifos. Datos que vuelven sobre todo con Rufino, Jerónimo, Ambrosio y Dámaso. Pedro y Pablo tuvieron su “triumfo” por sentencia de Nerón, con una “admirable muerte” (*superba morte*). El día indicado es aquel de la tradición litúrgica, ya consolidada, que celebra a ambos apóstoles (*bifestus*), el 29 de junio, pero -como lo recuerda una tradición- el martirio de ellos se dio con un año de distancia: primero Pedro y después Pablo. Uno fue sepultado en el Vaticano y el otro sobre la vía Ostiense.

Como conclusión, se exalta la ininterrumpida presencia de los dos apóstoles, que permanecen en Roma como garantía de la fe: “He aquí el Padre Supremo que puso aquí dos tesoros de la fe/ y los donó a la ciudad destinada para venerarlos./ Mira como el pueblo de Roma irrumpe sobre ambas orillas,/ una sola luz hace resplandecer una doble fiesta”.

El camino hacia el campo Vaticano y la Basílica de San Pedro, comienza con una invitación llena de entusiasmo y con algunas indicaciones topográficas para llegar allí, como se usa para quienes la visitan por primera vez.

En realidad, en este amigo que indica el camino se encuentra Prudencio mismo, que sigue el hilo del recuerdo del itinerario que lo llevó a la Basílica, durante la peregrinación romana.

DIÁLOGO 64

“Pero apresurémonos con paso veloz hacia ambos apóstoles/ y gocemos de estos y otros himnos./ Iremos a la otra parte del río a través del paso del puente Adriano/ y tomaremos después a la izquierda sobre la orilla del río”.

Con esta guía, el peregrino prepara el ánimo para visitar el sepulcro de Pedro. Los versos pertenecen ahora a una visión interior, diría casi trasfigurada y espiritual, del escenario paisajístico. Y es precisamente desde el puente Elio, delante del Mausoleo del emperador Adriano (hoy Castel Sant'Angelo), cruzando el Tíber con la mirada hacia el Vaticano, que se inicia con lirismo y trazo cautivante la descripción del poeta.

“El Tíber sagrado divide los huesos de los dos [apóstoles] entre una y otra orilla,/ mientras fluye de ese modo entre los venerados sepulcros”.

El Tíber es ya “sagrado” porque -como el poeta cantaba al inicio- la *Tiberina palus*, es decir el campo bañado por el río ha sido regado dos veces: por la sangre de Pedro y después por la de Pablo (*bis fluxit*) y porque el río mismo que fluye majestuoso entre los dos campos ahora “es el testimonio de la cruz y de la espada” (*et crucis et gladis testis*), con referencia específica a la forma del martirio de los dos.

Habiendo cruzado el puente delante del mausoleo se llega a la orilla derecha del Tíber, llamada *Transtiberina*, y girando después inmediatamente a la izquierda se abre de improviso la perspectiva del campo Vaticano, aún marcado por monumentos fúnebres y ruinas antiguas. Pero los peregrinos captan rápidamente el perfil de la Basílica construida algunas décadas antes por el emperador Constantino, un perfil diverso de los templos y, al fondo, la colina Vaticana. Prudencio pinta entonces el panorama externo de la Basílica, vista como el gran mausoleo de Pedro: “El

LA BASÍLICA DE SAN PEDRO

campo a la derecha acoge a Pedro, custodiado bajo techos dorados, entre la plateada blancura de los olivos y el murmullo del agua que fluye”.